

CÁLIDO ENCUENTRO de Ander Jara

Qué calor.

Era el pensamiento que cruzaba mi mente de manera incesante, acosándome su molestia con la misma constancia que la de las moscas: Aquellas que, durante estos días de infierno, decidían salir a perturbar la paz de la población, o, en sus ratos libres, cansadas de molestar, descansar vomitando sobre la comida de la víctima y disolverla. En definitiva, una molestia, pero nada más que un pequeño añadido al sufrimiento que podría acarrear el bochorno de aquellos días al aventurero que se diese a la calle.

Qué calor.

Hay cierta magia en estar sólo en la calle, paseando con tus pensamientos y con nadie más, pero cuando la mente entra en cocción, sólo se manifiestan los lamentos por el calor. Las ansias de beber algo frío. De agitar el vaso y, a modo de sonajero, disfrutar de los cubitos. Más que eso: Ser uno con los cubitos. Dentro de mi cabeza bien podría estar paseando Dante, para descubrir lo que es el auténtico calor, y en el último círculo tal vez encontraría a Judas, incluso a Casio y a Bruto, pero de seguro que no les encontraría inmersos en el hielo. Estas quejas de calor me carcomían por dentro. A mí y probablemente a toda Zaragoza: *660.880 angry men*. Algo así como un infierno sartriano, pero con la cantidad de verdugos disparada por los cielos, y, en vez de estar cercado por una puerta bajo llave, cercado por algo más elevado e intangible, tan intangible que es la ausencia en sí misma: La pobreza. Una pobreza que te impide cruzar el Aqueronte en dirección a la playa.

...

Me encontraba a las puertas de mi facultad, o al menos de la que había sido mi facultad durante ese cuatrimestre, pues, aunque Medicina B no es el hábitat natural de un estudiante de filosofía, como todo miembro de la facultad de Filosofía y Letras tuve que hacerme al nomadismo universitario, en un incasable tránsito entre las clases de interfacultades o de quien me acogiese.

Los recuerdos que me inspiraba el edificio eran positivos: Si miraba al verde del césped, podía saborear el marrón del café. Si hacía trepar a mi vista por las columnas hasta llegar a las ventanas, podía oír las conversaciones con mis compañeros. Y si, mentalmente,

me desplazaba hasta las clases, recordaba a grandes maestros que me habían inspirado profundamente.

Lo que en ese momento más me entretenía de la filosofía sin duda era la ética, tal vez por el carácter frustrante de reflexionar sobre la misma. Tras cuatro meses de repasar diversas propuestas de teorías, desde Kant hasta Schopenhauer, la única conclusión había sido, en palabras de Tugendhat, la siguiente: «Parece tan ingenuo creer que en el Cielo hay un libro que contiene la respuesta a todas las dificultades morales, como creer que, si no lo hay, todo se vuelve arbitrario. Ambas concepciones resultan de una y la misma presuposición: la orientación por una moral autoritaria.»

Esa falta de moral autoritaria es liberadora, pero como toda libertad, tiene un carácter de condena, de no poder escapar a ella. Al reflexionar sobre las teorías, normalmente se intenta buscar una que funcione de manera universal, en todos y cada uno de los casos. Un sistema moral que se podría tildar pues de autoritario, pues regiría toda la toma de decisiones. Un sistema que, asumido tal vez como un algoritmo moral, libraría al sujeto del peso de analizar una a una todas las situaciones y todas sus decisiones y de juzgarlas de manera aislada. Por suerte o por desgracia, este sistema absoluto no existe, y todos tienen fallos. Ni la razón, ni los sentimientos, son criterios de corrección moral absolutos. Los pensamientos sin contenidos son vacíos y las intuiciones sin conceptos son ciegas. Igualmente podemos afirmar que la razón sin los sentimientos es inútil, y que los sentimientos sin la razón son arbitrarios.

...

No tenía ya nada que hacer por esa zona, y me dirigía a la parada del bus. Me dispuse a cruzar un bello camino situado entre árboles y césped que brillaban amarillentos bajo el sol, situado en la separación entre medicina y la escuela oficial de idiomas.

Con la vista apuntando a Violante Hungría avanzaba por el pequeño oasis de naturaleza, situado entre los dos ríos de asfalto. Fue entonces cuando la vi. Aquella oruga roja llegaba nadando con furia, entre las embarcaciones particulares de aquellos que no requerían de sus servicios para desplazarse por la ciudad. La oruga recorría la ciudad en círculos de manera incansable, por lo que, junto a su hermana, se había ganado el apodo de Circular. Desde la zona en la que me encontraba yo emprendía la marcha, cruzando todo Delicias, hasta llegar a la estación, recogiendo y prestando sus servicios a todo aquellos que acabasen de llegar a la ciudad. Posteriormente, tras un largo recorrido, recogía multitudes de jóvenes en el Actur, llevándoles del centro comercial a sus casas, y, finalmente, antes de volver a empezar, paraba a descansar en el Camino de las Torres.

En este caso, yo requería de sus servicios, por lo que encontrármela llegando a una

de sus paradas habría sido una noticia fatídica, de no ser por el semáforo, que tras probablemente oler mi miedo y desesperación (infundidos por la idea de tener que esperar bajo el sol durante ocho minutos), decidió concederme la gracia de sonrojarse, y de esa manera parar el fluir del caótico río de asfalto, dándome la oportunidad de correr y correr. Fueron pocos metros corriendo, apenas un minuto, pero a cada segundo, a cada respiración, el calor me recordaba su presencia, tal vez con miedo a perder la hegemonía en el reino de mis pensamientos. Pero no fue en vano el esfuerzo: Logré subir.

...

Subir me permitió al fin huir del calor. Ahora sólo quedaba un refrescante, pero largo, camino a casa. Por suerte pude sentarme, pero pronto aconteció la tragedia (tragedia que realmente amenizaría mi viaje durante unos minutos). Los cogotes que se erigían frente a mí en sus respectivos asientos comenzaron a emitir sonido, o, más bien, yo comencé a prestar atención a sus sonidos. Fueron dos palabras concretas las que captaron mi atención: Hannah Arendt. El cabezón masculino comenzó a verter sobre el cráneo femenino palabras y palabras relacionadas con la autora, a cada cual más incorrecta, debido esto a que probablemente la información que recitaba había recibido diversas transmutaciones que la iban falsando poco a poco hasta que esta abandonase su interior y se articulase en sonidos.

- Primera transmutación: La información pasa de encontrarse en la mente de Hannah Arendt a convertirse en símbolos sobre papel. Es una transmutación que puede ser más o menos grave, pues corre a cargo del originador de la idea. Todo dependerá de su destreza a la hora de comunicarse.
- Segunda transmutación: La información en forma de símbolos es leída y colocada en la mente de aquellos que la lean. La gravedad de esta transmutación dependerá de dos factores: La comprensión lectora del receptor, y su afinidad ideológica o mental con la autora (lo que facilita las labores hermenéuticas)
- Tercera transmutación: Uno de los sujetos que ha leído los símbolos de la autora, recibiendo así la información en su mente, decide volver a plasmar esa información, pero esta vez utilizando otro código. Esta labor es la traducción. El éxito de esta dependerá de la habilidad del traductor y de la afinidad entre las lenguas usadas.
- Cuarta transmutación: Un sujeto, ajeno a los símbolos originales a los que había sido transmutado el texto, decide leer el escrito fruto de la traducción, y así transportar las ideas allí presentes a su mente. De nuevo aquí entrarán en juego la habilidad del lector y sus ideas preconcebidas.

- Quinta transmutación: Con este paso cada vez nos acercamos más al momento en el que la información acaba en el cogote que me acompañó en el bus. Aquí, el sujeto que interviene es uno de los españoles que leyó la traducción de Eichmann en Jerusalén (nótese que digo leyó. En el caso de que este sujeto, en vez de leer el texto, simplemente haya recibido lecciones sobre el mismo, habría que añadir otras dos transmutaciones: Del libro a la mente del maestro, y de la mente del maestro a las palabras en el viento). En este caso concreto, al sujeto que leyó el libro le debieron fascinar las ideas del mismo, por lo que decide realizar una transmutación personal: De su mente a un guion para un vídeo didáctico que publicar en YouTube. Esta transmutación es crítica, pues la calidad de la misma suele ser pésima, y la simplificación a la que se ve sometido el texto engendra algo que poca referencia hace al original. Nos encontramos ya ante una especie de texto de Teseo, el cual nos debemos preguntar si sigue siendo el mismo.
- Sexta transmutación: El sujeto del bus, aburrido en su hogar, se encuentra navegando entre vídeos de todo tipo, hasta que se topa con un sugerente título que promete explicarle la noción de mal banal en Hannah Arendt. Sin prestarle excesiva atención consume el vídeo, y un 33,33% de las ideas (previamente simplificadas) entran en su cabeza. Esta transmutación puede verse agravada a la hora de modificar la información dependiendo en la relación entre la formación del individuo y la materia de la que traten las ideas que está recibiendo.
- Séptima transmutación: Y, finalmente, llegamos al momento del bus, en el que las confusas ideas presentes en el cerebro deben ser verbalizadas para así poder ofrecer un tema de conversación a su compañía femenina. Estas ideas abandonan el nido, viéndose mutiladas, machadas y violadas, por la pobreza del discurso de su host y por la imperfección de la memoria del mismo.

En una transmutación extra de la que yo ya no puedo ser participe, ni mostrar cómo se están deformando las ideas por última vez, estas penetran en la mente del cerebro número dos: La compañía que aburrida y desinteresadamente escucha mientras está presa en el transporte. De la transmutación que sí que puedo dar cuenta es, precisamente, de la más dolorosa para mí: La de las ideas que flotan por las entrañas de la oruga entrando como clavos por mis orejas.

A continuación, realizaré yo la transmutación novena, la final, para dar testimonio en este texto de lo que ese día escuché como explicación del mal banal.

“Con el mal banal Hannah Arendt quiere decir que no importa quien apriete el gatillo, sino quién lo ordena.”

Esto no hará saltar las alarmas de quien desconozca a la autora, y por eso el cogote

decidió añadir un último toque artístico y personal a su discurso, afirmando que Hannah Arendt había acudido al juicio de Eichmann en... Los juicios de Guttenberg.

Tal vez el calor no era tan malo.

...

Los pasajeros eran zarandeados por los estruendos de los baches mientras yo, impasible, clavaba mi mirada en las urracas a través de la ventana. Admiraba a esos pájaros. Hasta tal punto los admiraba que durante años la familia que habitaba el gran árbol colindante a mi balcón había sido provista de un constante flujo de comida para gatos y agua que había alimentado a sus diversas generaciones. En una ocasión leí sobre los grandes daños que los excrementos de estos animales causaban, pero esto no me hizo parar. Desde entonces me lo tomé como mi pequeño granito de arena para financiar el vandalismo local.

Fue al detenernos en la estación que, como siempre, una marabunta de maletas asedió el transporte, llenándolo todo con sus respectivas personas. Me fascinaba observar el flujo de equipaje, pues representaba el confluir de varias historias: Algunas llegaban a su fin, pues muchos volvían a su hogar tras un viaje, mientras que otras acababan de empezar. Parecido a un hospital, donde muchos recién nacidos comienzan su existencia a la vez que otras personas se arrojan de vuelta al no-ser.

Entre esas muchas historias que estaban finalizando, me sorprendió el avistamiento de un rostro conocido: Una antigua compañera de clase, con la que había intercambiado muy pocas palabras a lo largo de mi vida, pero las suficientes como para saludarnos en un encuentro como este. Mi modus operandi, debido a mi poca sociabilidad, solía ser evitar o intentar disimular estos encuentros, pero, en un espacio cerrado como este, todo dependía de los posicionamientos. Había tres posiciones posibles: En primer lugar, la lejanía, el aquel, que aseguraba la imposibilidad del cruce de miradas, o al menos la posibilidad de fingir el no-encuentro, o ahorrraba saludos y formalismos. En segundo lugar, el más fatídico de todos, la media distancia, el ese, que arruinaba todo. En la media distancia el cruce de miradas estaba asegurado, entrambos se observaban, pero debido a la distancia el saludo debía ser sólo gestual, y tras eso continuar todo el trayecto percibiéndose, pero sin intercambiar palabras, sumidos en la más incómoda y enrarecida de las atmósferas. En último lugar estaba la cercanía, el este, que era una carta peligrosa. Podía ser el mejor y el peor. Además del saludo, implicaba una conversación durante el trayecto. Todo depende de quienes se encontrasen: Podría ser desde una emotiva conversación de reencuentro hasta el más incómodo intercambio de significantes desde la invención de la lengua.

En este caso, me tocó la última situación, la cercanía. Normalmente mi predilección es por la de lejanía, pero esta vez la cercanía y su conversación de apenas veinte minutos me regaló unos sentimientos que iluminaron mis próximos días.

Me había enamorado.

...

Probablemente jamás nos volveríamos a ver.

...

Si la viese ¿Confesaría mis sentimientos?

No.

...

Me había enamorado.

Y se veía ahora tan bella la ciudad, iluminada por el sol cuyo calor maldecía...